

## CATALUNYA

# La lección del bombero reconstruido

Rafael Olalla, el bombero herido en la explosión de gas de Fondo, busca editorial que publique el libro en que cuenta cómo ha superado el accidente que lo dejó ciego

JORDI RIBALAYGUE / Barcelona

«Cuando te pasa esto, lo único que puedes hacer es no cabrear y buscarle la vida». Rafael Olalla lo dice casi seis años después de que una explosión de gas lo dejara casi muerto, con el rostro destrozado y prácticamente ciego. Sucedió en 2006 en Santa Coloma de Gramenet, donde dos personas fallecieron por una deflagración de la que aún no se han declarado culpables.

Rafa era bombero. Aquel amanecer frente a un bloque del barrio de Fondo pintaba como muchos otros servicios, uno de esos irrelevantes que se resuelven sin más susto que unos cuantos vecinos desalojados. «Estábamos todos a los que nos pagan para que no explotara, pero pasó, y pasó porque uno de los que vino no tenía ganas de trabajar y no era su día», recuerda Rafa, que sostiene que el estallido repentino que lo sorprendió mientras aireaba las viviendas fue un error achacable a un técnico imputado de Gas Natural.

La sacudida lo hundió en el coma durante tres semanas, con dos paros cardíacos incluidos. Tras recobrar, le citaron nueve veces en el quirófano para redibujarle las facciones y le prescribieron meses de recuperación. Le falta una operación dentro de mes y medio para inyectarse algo más de grasa. Ha tenido que olvidarse de vestir el mono y echar mano de su experiencia en manejarse entre el humo para conducirse en la oscuridad. Le han enseñado de nuevo a hablar, masticar y sonreír.

«Mi cuerpo quedó intacto, pero el casco me reventó los huesos y la nariz, abrió mi cara en canal... Un cristo», describe Rafa, un tipo que impacta por ser jovial y cercano, que asegura que se ha tomado como un juego estrenar una vida sin apenas ver y apartado del ajetreo del parque



El bombero retirado Rafael Olalla, en Barcelona. / QUIQUE GARCÍA

de bomberos. Ha imaginado que regresaba a una casa en llamas para superar la prueba de desplazarse en el metro y el aeropuerto en medio de la ceguera. «Mi terapia fue muy clara, hacerlo todo con amor, reír y no enfadarme; no tenía nada que perder porque lo había perdido casi todo», razona.

«Lo dejé todo porque tenía mi trabajo, seguir a diario mi ojo, mis cicatrices, mis quemaduras», cuenta Rafa, que busca una editorial que publique el libro que ha escrito sobre sus vivencias con la ayuda de la periodista Ana Belén Callado. Anticipa que ha deseado dejar constancia de «lo fácil que es a veces salir

de una situación desastrosa». Revela que los amigos a los que ha dejado leerlo se han emocionado. «Explico qué pasa cuando te quitan tus aficiones, tu vida, tu trabajo, tu manera de ser... Lo bueno está en volver a creerse. Si no te quieres y eres feliz, no eres nada», teoriza.

Moldear la carne de Rafa era enfrentarse a un delicado ejercicio de ingeniería. La suerte fue que lo tratase el doctor Joan Pere Barret, el mismo médico que culminó con éxito el primer trasplante de cara completo en el Vall d'Hebron. «Ha sido mi genio», admira Rafa al cirujano, que comparó el semblante desfigurado del paciente con un cristal roto en in-

contables pedazos.

«Para hablar y gesticular me tuvo que volver a unir por dentro. Cuando acabó de reconstruir las venas, las arterias y los músculos, me rehizo todos los huesos con 69 tornillos», precisa Olalla. El bombero fue sometido a una operación de microcirugía sin igual en España para recomponer un puzle en el que las piezas se habían desperdigado por un manotazo violento.

Rafa detalla que le sellaron durante un año el ojo que salvó, que usa un paladar de titanio, que le recolocaron el labio caído y le insertaron pelo en el bigote, que le fabricaron una nariz con fragmentos de frente,

de cadera, de costilla, de cartilagos de una oreja... «Cuando me desperté, pedí que me pusieran cirugía plástica para que mi hijo me viera, pero me dijeron que me calmará, que necesitaríamos cuatro años para hacerme una cara nueva», relata Rafa, que ha aprendido de la paciencia y ha hallado alivio en la ONCE.

«Lo más doloroso no han sido los tornillos, ha sido aceptar que nunca más podré hacer lo de antes», atestigua Olalla, que marchó una temporada a Nerja, en la costa malagueña, para olvidar: «Escuchaba pasar un

El cirujano le tuvo que rehacer los huesos de la cara con 69 tornillos

«Después de las operaciones, mi rutina es divertirme», confiesa

coche de Bomberos y se me encogía el alma. También me ponía malo con los taxis, porque tenía un hobby que era ser taxista. Trabajaba de noche en Barcelona». Aún pasa temporadas en Andalucía para disfrutar y regenerar la piel con el agua del mar.

Aunque ahora la «adrenalina» de echarse al camión y correr ante una emergencia, Rafa se siente más feliz que antes del accidente. «Después de las operaciones, mi rutina es divertirme, vivir la vida y gastarme todo el dinero que cobro al mes», confiesa risueño. Responde que la rabia se le esfumó cuando superó el coma, del que llegó a ser consciente. Tanto fue así que dudó si estaba presenciando su propio entierro. El bombero ha vencido el miedo a ser rechazado: «Antes todo el mundo me miraba, era un monstruo, pero volver a tener una cara normal significa que soy un hombre, que estoy en igualdad de condiciones».